

En pleno auge del tercermundismo, la teoría del imperio incaico como un socialismo antiguo interrumpido por el régimen de propiedad privada impuesto por el colonialismo europeo es reflatado por algunos autores de origen marxista, entre ellos el argentino Eduardo Astesano, en *Nacionalismo histórico y materialismo histórico*, 1972, quien hace extensivo el calificativo de socialistas a las misiones jesuíticas y al despotismo ilustrado del doctor Francia en el Paraguay, donde la tierra en su mayor parte era propiedad del Estado. En las misiones jesuíticas los instrumentos de producción, las bestias de carga y arados eran de propiedad pública y una parte de la tierra también lo era, siendo el capital acumulado en ella invertido en obras públicas. De esto Astesano deduce que: «Los jesuitas (...) instauraron el camino al socialismo moderno en el Tercer Mundo»¹⁴.

Los jesuitas no eran, por supuesto, el socialismo sino que además encabezaban el ataque contra los sectores burgueses más avanzados de España como el Conde de Aranda quien los expulsó de América. Vicente Fidel López pensaba que si los jesuitas hubieran estado en 1810 habrían levantado a los indios fanatizados para derrocar a la Revolución de Mayo. Suele alabarse el trabajo que se tomaron los jesuitas en aprender las lenguas indígenas como prueba de su espíritu igualitario. En realidad, el objetivo era evitar que los indios aprendieran el castellano para impedir, de ese modo, su asimilación a la sociedad criolla y mantenerlos en el aislamiento. El padre Antonio Sepp de las misiones jesuíticas lo dice con toda franqueza:

Procedemos de tal manera para evitar cualquier comunidad entre nuestros indios y los españoles, y para que nuestros protegidos permanezcan humildes y sencillos¹⁵.

El error interpretativo que identifica al imperio incaico con el socialismo se deriva consecuentemente del otro error: la identificación del socialismo con los regímenes estalinistas o maoístas y sus derivados. Si bien es cierto que estos sistemas tuvieron, en efecto, ciertos rasgos en común, más allá de las distintas situaciones históricas, un verdadero socialista no debería extraer de esta analogía la exaltación del incanato sino el repudio al estalinismo en tanto ni uno ni otro fueron socialistas sino totalitarios. Tampoco fue del todo ajeno a los incas el otro totalitarismo moderno, el nazismo. Hitler fue influido por un seudosabio austríaco, Horbiger, que rescataba la vieja cosmogonía de los incas¹⁷.

Ya Plejanov en 1863 había advertido sobre los peligros de que una revolución prematura en Rusia se desarrollase, no en sentido democrático sino como la restauración de un despotismo asiático, similar al del Perú incaico o la China de los Sung. La premonición de Plejanov se cumplió y fue su propio partido, el bolchevique, el encargado de llevarla a cabo. Dos eruditos sinólogos, Karl Wittgenstein, en *El despotismo oriental*, 1963, y Etienne Balazs en *Civilización china y burocracia*, 1964, elaboraron brillantes análisis históricos comparativos entre los regímenes totalitarios modernos estalinista y maoísta y el modo de producción asiático, en el cual debe ubicarse también al imperio incaico.

¹⁴ Eduardo Astesano: *Nacionalismo histórico y materialismo histórico*, Buenos Aires, Pleamar, 1972, p. 187.

¹⁵ Antonio Sepp: *Jardín de flores paracuano*, Buenos Aires, EUDEBA, 1974, citado por Ricardo Rodríguez Molas, *Los sometidos de la conquista Centro Editor de América Latina*, 1985.

¹⁶ Véase Louis Pauwells y Jacques Bergier: *El retorno de los brujos*, Barcelona, Plaza y Janés, 1964.

¹⁷ Para el desarrollo del concepto de totalitarismo véase Juan José Sebreli: *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Legasa, 1983, Capítulo «Fascismo».

Aunque con los precarios medios del nivel de desarrollo alcanzado, el imperio incaico tenía muchos rasgos del totalitarismo moderno¹⁸. Sociedad totalmente militarizada, los hombres entre los 25 y los 50 años estaban enrolados en el ejército y debían acudir a las frecuentes guerras de conquista. El trabajo forzado en las minas, la mita y el yanacozgo, que tanto se ha condenado en los conquistadores, eran ya un procedimiento incaico. Ni siquiera faltaba el culto al líder carismático, a la persona del inca y el control de la vida privada de toda la población, rasgos que diferencian al totalitarismo de cualquier autoritarismo o dictadura tradicional. Había una red de inspectores y funcionarios, de jefes de centuria, dedicados a la vigilancia y al espionaje de cada uno de los pobladores. Garcilaso de la Vega decía que la policía estaba en todas partes; el menor comentario adverso a las autoridades provocaba el castigo implacable. Nadie podía abandonar el poblado sin permiso especial, pero en cambio podían ser desplazados sin consulta previa por razones de Estado. La educación estaba reservada a la clase privilegiada. La vida cotidiana era gris, triste y monótona hasta el hastío como en todas las sociedades totalitarias. El ocio estaba dirigido, se reglamentaban las fiestas, las canciones, las danzas, los juegos, todos debían llevar la misma indumentaria y el mismo corte de pelo. Hasta el comportamiento sexual estaba reglamentado por el Estado, se regulaban los nacimientos, la soltería era estigmatizada, los adúlteros y homosexuales castigados con pena de muerte. A este sistema más que al régimen colonial hay que atribuir los rasgos del indio andino, la inercia, la indiferencia, la somnolencia, la tristeza, el embotamiento. Pizarro pudo derrocar al Inca con sólo 180 hombres, le bastó con doblegar a la casta de los militares y de los sacerdotes, el resto de la sociedad estaba sumido en la pasividad y era incapaz de reaccionar. Educada para obedecer a la autoridad no encontraba nada mejor que seguir obedeciendo a los conquistadores. Voltaire en *Ensayos sobre las costumbres* decía: «Los indios esperaban, estúpidamente, a qué partido de sus destructores quedarían sometidos». El historiador H. Cunow en *El sistema de parentescos peruano y las comunidades gentilicias de los incas*, (1929), sostenía: «El Estado incaico ha desaparecido, no porque no existiera sino más bien porque existía demasiado». La organización jerarquizada y autoritaria, en la que bastaba la desaparición del jefe para que todo el sistema se derrumbara, reforzaba la capacidad española para la conquista.

Tampoco debe olvidarse que tanto los aztecas como los incas eran pueblos invasores que oprimían a otros pueblos vencidos, y ésta constituye la gran contradicción de los indigenistas y tercermundistas que abominan del imperialismo olvidando que los pueblos precolombinos eran tan imperialistas como los europeos. Los aztecas habían venido del norte de México y masacraban a los pueblos que venían en la guerra. Eran odiados por los pueblos dominados y arruinados por los tributos que debían rendirles. A la llegada de los españoles, para muchos indígenas mexicanos, los imperialistas eran los aztecas y Hernán Cortés fue visto en un primer momento como un libertador y, para los propios aztecas, era el retorno del vengador Quetzacoatl. A los escasos españoles les hubiera sido más difícil la conquista de México de no

¹⁸ Tzvetan Todorov: *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987.

haber contado con el apoyo de cientos de miles de indios tlaxcaltecas que se sumaron al ejército invasor animados por el deseo de vengarse de los aztecas. Cuando Cortés entró en el templo de Tenotchtitlán, el rey de Tezcoco estaba a su lado. Los pueblos sometidos a los aztecas como los tlaxcaltecas fueron los que se asimilaron con más facilidad y de ellos descienden los indios actuales. Todorov señala¹⁹ que:

Cortés era muy popular entre los indios porque los trató mejor que los anteriores autóctonos, al punto que impone su voluntad a los representantes del emperador de España con la fuerza que le deben el apoyo de los indios dispuestos a sublevarse a sus órdenes, en cambio se desconoce cuáles eran los sentimientos que tenían los indios frente a Las Casas.

Los incas también habían invadido las tierras que ocupaban, desde la pequeña ciudad insalubre del Cuzco a la que estaban relegados. Al comienzo fueron dominando a sus vecinos por la violencia, los aimará entre ellos, imponiéndoles su religión, su lengua, su cultura, forjando con los pueblos dominados una unidad política y social coercitiva. Los indigenistas repudian como un acto de barbarie la destrucción de la cultura azteca por los conquistadores, pero olvidan que cien años antes los aztecas durante el reinado de Izcoatl habían destruido los libros antiguos y destrozado los monumentos de los toltecas para imponer su propia cultura. El que mata a un asesino no deja de ser un asesino, pero el asesino que es asesinado no por ello recupera la inocencia.

El derrumbe de las civilizaciones no se produce nunca por el efecto de causas externas si éstas no están combinadas con causas internas. Las civilizaciones precolombinas llevaban en su interior el germen de la decadencia, eran demasiado frágiles debido a sus fallos estructurales, lo que facilitó la dominación externa. Los mayas ya estaban en declinación cuando llegaron los españoles. No fueron éstos quienes destruyeron sus templos sino los propios campesinos mayas oprimidos por la casta sacerdotal. La incapacidad de la teocracia dirigente para garantizar el bienestar de la comunidad provocó sucesivas rebeliones que destruyeron la civilización maya. Los incas por su parte habían conocido su apogeo doscientos años antes de la conquista española y desde entonces permanecieron estancados. El triunfo de los conquistadores era inevitable no sólo por la superioridad de las armas, y aún éstas implicaban superioridad en otros órdenes. No es casual que quien pusiera el nombre al nuevo continente, Américo Vespucio, estuviera asociado a Lorenzo de Médicis, personaje paradigmático del Renacimiento y de la época heroica del capitalismo. Esos condotieros que eran los conquistadores podían ser delincuentes, carecer de escrúpulos y de toda educación, pero eran, al fin, hijos de su tiempo con todas las características del hombre del Renacimiento. Podían aparecer ante otros europeos más avanzados, los ingleses o los holandeses, como supervivientes de la Edad Media, pero tenían, no obstante, los rasgos del hombre moderno: eran intrépidos, imaginativos, emprendedores, con gran capacidad de invención y una curiosidad inagotable, ansiosos de ir siempre más allá. Llevaban el dinamismo, el cambio al mundo estático de los indios que rechazaban toda innovación, temían lo distinto, ceñidos a una tradición que era la repetición per-

¹⁹ Op. cit.